

Carta Pastoral del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, en el Día Nacional del Apostolado Seglar y de la Acción Católica.

***“CRISTIANOS EN EL CORAZÓN
DEL MUNDO”***

Pentecostés, 15 de Mayo de 2005

Queridos hermanos y hermanas
en el Señor:

*Gratias tibi Domine,
gratias tibi!* Son muchos los
motivos que me vienen a la
memoria para exclamar: ¡gracias a
ti, Señor, gracias a ti! Sin duda
alguna todos los cursos pasados
han tenido motivos de sobra para
dar gracias a Dios. Cada año se
descubre una nueva situación que
nos hace vislumbrar lo que los
apóstoles debieron vivir en ese
primer y definitivo Pentecostés,
pero que cada año se ha
manifestado con matices nuevos y
profundos.

Este año me atrevo a decir
que la Solemnidad de Pentecostés
debe ser un día en el que la acción
de gracias tiene, si cabe, una
justificación mayor. En nuestros
corazones se agolpan muchos
sentimientos que nos impulsan a
vivir este final del tiempo pascual
como un verdadero tiempo de
gracia que Dios ha concedido a su
Iglesia tanto a nivel Universal
como para nuestra Diócesis de
Madrid.

El fallecimiento de Juan
Pablo II, siendo un acontecimiento
doloroso, ha servido para que

muchos que vivían en la
indiferencia se encuentren de
nuevo con el rostro misericordioso
y amable de nuestro Señor
Jesucristo y con una Iglesia viva,
que agradecía al Señor del don de
este Papa tan grande. La elección
de su sucesor, Benedicto XVI, nos
a ayudado a manifestar pública y
solemnemente nuestra fe en el
Señor Jesús que, a través del
Espíritu Santo, gobierna la Iglesia
con sabiduría. Una Iglesia que se
manifiesta cada día más cerca de
los hombres, tan necesitados de
Dios, como señalaba el nuevo
Papa en el inicio de su
Pontificado.

Además en nuestra Iglesia
de Madrid concluimos en esta
solemnidad la celebración del
Sínodo Diocesano. Solemnidad de
Pentecostés que coincide,
providencialmente, con la fiesta
de San Isidro Labrador, nuestro
patrono. Este tercer Sínodo
Diocesano ha sido una gran gracia
de Dios. Sin duda alguna, la
providencia divina ha querido que
el trabajo inmenso y continuado
de muchos seglares, religiosos y
sacerdotes dé muchos frutos de
sincera conversión y de
afirmación en la vocación
apostólica.

Son momentos de gracia, pero que no se quedan en sí mismos, sino que continuarán enriqueciendo a la Iglesia con los dones del Espíritu Santo. Pido a Dios que así sea. Que bendiga con la fuerza de su amor a los madrileños para que no decaiga esa misma acción de gracias convertida en lucha firme por implantar el reino de Dios entre los hombres.

En esta solemnidad de Pentecostés la Iglesia celebra el Día Nacional de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Todos estos acontecimientos que acabo de mencionar y que todos hemos vivido tan intensamente, han dejado claro que los seglares forman parte de la Iglesia. Que se sienten verdaderamente miembros de ella. Los seglares no son un mero apéndice más o menos numeroso del Cuerpo Místico de Cristo. Son bautizados y eso les identifica con el Señor a quien oran, aman, y sirven en su vida.

La Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal ha elegido un significativo lema para la celebración de esta jornada: "*Cristianos en el corazón del mundo*". Esa es justamente la vocación laical. Ahí está el

sentido de la vida de un hombre que se decide a seguir a Cristo.

Somos cristianos no para separarnos del mundo, sino para buscar la santidad en él. Es en el mundo donde el bautizado es capaz de reconocer a Cristo que se entrega por la salvación de todos.

El cristiano debe saber que Cristo desea estar presente en este mundo que tantas veces ignora a Dios e incluso lo niega. Si el hombre es indiferente ante Dios, Dios no lo es con el hombre. Dios ama al hombre, a cada hombre (Jn 3, 16). A cada uno de nosotros nos ha venido a buscar el Señor, y por cada uno de nosotros Cristo ha entregado su vida. El grito estremecedor de Jesús en la Cruz, "tengo sed" (Jn 19, 28), es una llamada a poner la mirada en Él, a buscar su rostro.

Parafraseando el salmo podemos decir que el alma del hombre sin Dios es como tierra reseca, agostada, sin agua (cfr. Sal 62, 2). Incapaz de dar frutos y de sembrar esperanza. Y el cristiano no puede sentir indiferencia ante la sed de Cristo en la Cruz que busca amor, ni ante la sequedad del corazón del hombre moderno. El bautizado se sabe instrumento de la misericordia de Dios que nos permite saciar, a base de amor, la

sed de Cristo e inundar de la esperanza y de la alegría de la salvación el corazón de los hombres.

El lema “*Cristianos en el corazón del mundo*” recuerda al seglar que Dios en su providencia ha pensado en él para adentrarse en las entrañas del mundo y desde dentro hacer que germine la semilla del Evangelio, para que crezca con fuerza el amor de Dios en el corazón de los hombres.

El mundo, entendido como “criatura de Dios”, no puede dar miedo al hijo de Dios. Dios se hizo hombre para decir que el cielo y la tierra se pueden encontrar en los corazones que saben descansar en su corazón misericordioso, que el mundo en el que vivimos nos está hablando continuamente de Dios y de la necesidad de Dios, y que el cielo que esperamos tras la muerte se hace ya presente en la vida de los hombres si somos capaces de reconocer al Maestro en nuestro interior y le seguimos.

Es verdad que no nos faltan dificultades para cumplir nuestro cometido. El “príncipe de este mundo” (Jn 14, 30) se revela contra su creador y procura nuestra desesperanza y desánimo, pero todavía es más cierta la

victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. El hombre sólo sería absolutamente incapaz de asumir una tarea que, más que humana, es divina. Pero con la ayuda de Dios y la fortaleza que nos da sabernos miembros de la Iglesia, no sólo no tenemos miedo, sino que vemos ya el futuro esperanzador que nos aguarda.

En este día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica quiero dar gracias a todos los bautizados de nuestra diócesis que, en las circunstancias más variadas, luchan por vivir el Evangelio con espíritu de generosidad y sacrificio. Son hombres y mujeres que pasan en tantas ocasiones desapercibidos, pero que dejan a su alrededor ese dulce “aroma de Cristo” (2 Cor 2, 15). Son personas que no parecen distinguirse de los demás pero que todas sus acciones están hechas según Dios. Sin vanidad ni complejos dan testimonio sencillo de su fe en los pequeños avatares de su vida y transforman el quehacer humano en algo sobrenatural por la caridad. Muchos de ellos, además, han descubierto la belleza de la vida asociada como apóstoles. Descubren la importancia del acompañamiento personal tanto espiritual como formativo y apostólico y desean hacer de sus

vidas un continuo darse a Dios a través del apostolado.

Los militantes de la Acción Católica han descubierto desde hace muchos años esta riqueza de la Iglesia. Saben que el rostro de Cristo se hace más presente en nuestros ambientes si somos capaces de mostrarlo con unidad de criterio. La vida de la Iglesia se enriquece por la experiencia apostólica de estos seglares que sienten el peso del día y del calor por amor a su fe, a la Iglesia y a sus pastores. Los Obispos sabemos que contamos con ellos y su compromiso, que podemos descansar en ellos nuestros afanes apostólicos. Y los miembros de Acción Católica y de las otras asociaciones de fieles, saben que cuentan con la oración, el respaldo y el afecto de los pastores. El Papa Benedicto XVI, ya desde el inicio de su Pontificado, ha mostrado su afecto por la Acción Católica enviando un mensaje de apoyo a los miembros de esta asociación en Italia.

El mundo actual se muestra muy exigente con los creyentes y no se conforma con cualquier cosa. Por eso los bautizados debemos dar un verdadero testimonio de nuestra fe y esperanza. Y si esto es válido siempre y para todos, lo es de un

modo muy particular en nuestros días y concretamente entre los seglares. Estar en el corazón del mundo significa no buscar excusas para no adquirir un compromiso serio, formal, permanente de santidad y apostolado. Los seglares viven en el mundo, pero no se dejan llevar por sus criterios, sino todo lo contrario, buscan ellos arrastrar a los hombres y mujeres de este mundo tras las huellas de Cristo. Implantar el Evangelio en los diferentes ambientes en los que se desenvuelve la vida de las personas. En la familia, haciendo que sea una verdadera Iglesia Doméstica; en el trabajo poniendo los talentos que el Señor les ha entregado, también la fe, la esperanza y la caridad, al servicio de la sociedad; en los momentos de ocio y descanso, aprovechando el descanso corporal para fortalecer la vida espiritual.

Volviendo al comienzo de esta carta, este curso se acerca a su fin con esta fiesta hermosa de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y María santísima. La acción de gracias se hace más real en la vida entregada de los laicos que en medio del mundo han sabido encontrarse con Cristo. Y mi agradecimiento se eleva a Dios por el testimonio que dan, también a los pastores, con su

generosa disponibilidad al querer de Dios. Y su entrega diaria demuestra que el Evangelio no es algo del pasado, sino algo muy actual y capaz de atraer la mirada y el corazón de los hombres y mujeres de bien.

Pido a Dios, a través de María santísima, Nuestra Señora de la Almudena, y del patrono de Madrid, san Isidro Labrador, que los cristianos de Madrid continuemos dando ese mismo testimonio evangélico que el mundo nos exige.

Os animo a todos a uniros a mi agradecimiento a Dios por todo lo que hemos vivido, a renovar nuestro empeño por hacer realidad nuestro deseo de ser santos y de entregar a nuestros hermanos los hombres a Cristo Jesús, camino, verdad y vida.

Con todo afecto y mi bendición,

+Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Pentecostés, 15 de Mayo de 2005